

RESEÑAS DE LIBROS | BOOK REVIEWS

Amalia Cerrito. *Albert the Great (c. 1193-1280) and the Configuration of the Embryo. Virtus Formativa*. Cham: Palgrave Macmillan, 2023. 171 p. ISBN: 9783031240256. Paperback: 124,79 €

Reseñado por VÍCTOR ZORRILLA GARZA
Universidad de Monterrey
victorzorillagarza@gmail.com

En el siglo II d. C., Galeno propuso la noción de *virtus formativa* para dar cuenta de la formación y configuración de los seres vivos en las primeras etapas de su crecimiento. Para el pensamiento cristiano, el caso del ser humano presentaba una dificultad especial. La teología medieval suponía que Dios infundía el alma racional en el hombre una vez que su cuerpo estaba totalmente formado. ¿Cómo explicar, entonces, el desarrollo embrionario desde la concepción hasta la configuración del cuerpo completo y su consiguiente animación por parte de Dios?

Para resolver esta incógnita, Alberto Magno retomará el concepto de *virtus formativa* o poder formativo. En su estudio, Amalia Cerrito rastrea el uso que Alberto hace de este concepto en su obra biológica, antropológica, ética y teológica. Cerrito considera la variabilidad léxica del concepto, que, según el contexto, se expresa en la obra albertina también como *forma inchoata* —forma incipiente— o con el sintagma *inchoatio formae*, que designa la predisposición o tendencia hacia la forma inherente en la materia. La autora muestra la relación con las nociones paralelas o similares de *meritum materiae*, *potentia* y *privatio*. El concepto se refiere, en todo caso, al principio generativo que contribuye a la unión de forma y materia en la primera fase del cambio substancial, empleándose también para explicar la dinámica de configuración del embrión. Este poder formativo no halla su continuidad ontológica en la forma substancial, pues, a diferencia de la forma y la materia, él no persiste en el proceso de cambio. En la embriogénesis, el poder formativo se limita a hacer las veces del alma mientras el embrión no está animado aún. Una vez que la materia alcanza su forma, el poder formativo desaparece. Éste sólo tiene la función de organizar y adecuar el cuerpo para recibir al alma.

En este aspecto, Alberto se distancia del platonismo, que, al considerar la materia como un principio pasivo y estático, exigía la intervención de un dador de formas creadas de la nada. En la visión albertina hay, en cambio, una forma incipiente o poder formativo arraigado en la materia desde la creación. La idea tiene sus antecedentes en los *logoi spermatikoi* de los estoicos y, sobre todo, en las *rationes seminales* de San Agustín. Con todo, la propuesta de Alberto sigue siendo neoplatónica en su perspectiva providencialista. Toda generación natural contiene la huella de su ejemplar. La *virtus formativa*, otorgada por Dios a toda criatura en el acto creador, garantiza la relación isomórfica entre el arquetipo y su reproducción, asegurando, así, el orden en la naturaleza. Con ello, Cerrito transmite una imagen del pensamiento albertino como

neoplatónico en sus grandes líneas pero aristotélico en infinidad de cuestiones particulares y de detalle, como se verá.

Después de una exposición del concepto de poder formativo y sus orígenes, Cerrito se adentra en el tratamiento albertino de la embriología humana. Alberto intentó evitar dos escollos doctrinales, el traducianismo y el preformismo. Según el traducianismo, el alma se forma en el cuerpo al propagarse de padre a hijo, lo cual explicaría la transmisión del pecado original. De acuerdo al preformismo, el semen contiene una versión reducida de todos los órganos, los cuales sólo tienen que crecer en el nuevo individuo. Frente a esta última doctrina, Alberto puntualiza que el poder formativo, que en los animales se encuentra en la semilla del macho, no contiene en acto, sino sólo virtualmente, los órganos del embrión. Por su parte, Alberto atribuye el traducianismo a la confusión según la cual se entiende a la *materia spiritualis* —es decir, la materia más sutil— que compone a la semilla como un vehículo físico del alma.

Alberto tenía un conocimiento notable de las fuentes médicas de su época. Las más recurridas en su obra son el *Pantegni* de Constantino el Africano y el *Canon medicinae* de Avicena. Cerrito explica cómo Alberto buscó integrar las aportaciones médicas, sobre todo de corte galénico, en un marco conceptual aristotélico. Muestra de ello son sus reflexiones sobre el papel respectivo de las semillas masculina y femenina en la generación. Galeno atribuía una función activa a ambas. Para Aristóteles, en cambio, la semilla masculina constituía el componente formal y activo, mientras que la femenina aportaba la materia de la concepción. Aristóteles concedía que, a veces, la debilidad del principio masculino impedía a éste informar debidamente a la materia femenina. Alberto ofrece una solución intermedia, en la que, sin negar al principio masculino el carácter formal, se concede al femenino un papel interactivo con él, al ser capaz de resistir y oponerse a su influencia. Ello explica las variaciones de sexo y de aspecto en la prole, siendo unos hijos más parecidos al padre, otros a la madre y aún otros a algún familiar o ancestro.

A partir de este último tema, Cerrito profundiza en la consanguinidad y la amistad natural, que Alberto trató en sus obras éticas. A través de un análisis paralelo de su *Comentario a la Ética nicomáquea* (1250-1252) y la *Ética* (1262), Cerrito muestra cómo, tras privilegiar las explicaciones metafísicas en la primera obra, Alberto desarrolló, en la segunda, explicaciones de corte fisiológico y biológico para dar cuenta de la amistad natural entre padres e hijos. La autora señala, como factor en esta evolución, el trabajo de Alberto como comentador de las obras zoológicas de Aristóteles.

Si bien estudia con detalle las fuentes de Alberto, Cerrito casi no toca el aspecto de su proyección. Sólo señala que los autores subsiguientes ignoraron las especulaciones sobre la amistad natural en clave biológica. Con todo —aclara—, las discusiones de Alberto sobre las diferencias entre el amor paterno y materno influyeron en todos los comentadores posteriores de la *Ética* aristotélica.

Como observa la autora, el tratamiento albertino de la embriogénesis ofrece una perspectiva privilegiada para entender el método, el estilo y el proyecto intelectual de Alberto. Este tratamiento nos muestra a un pensador que busca integrar el conocimiento médico, científico, filosófico y teológico, exhibiendo, si no un método experimental en el sentido moderno de la expresión, sí una incipiente orientación empírica y una viva curiosidad intelectual. Ello puede observarse, por ejemplo, en las discusiones sobre el poder regenerativo de las plantas y sobre la naturaleza, la estructura y el estatuto ontológico del huevo.

Al tratarse de una versión revisada de la tesis doctoral de la autora, este es un trabajo especializado y de notable sofisticación técnica que interesará a medievalistas, filósofos e historiadores de la medicina y de la ciencia. Desde una perspectiva más amplia, el trabajo pone de relieve el papel clave que la especulación medieval —con su insólita, aunque no siempre evidente creatividad y originalidad— jugó al sentar las bases de la ciencia moderna. Así, ilustra cómo la escolástica impulsó un espíritu inquisidor y crítico, contribuyendo a crear una visión científica e integradora de la realidad. Hace algunos años, Rodney Stark (R. Stark, *The Victory of Reason. How Christianity Led to Freedom, Capitalism, and Western Success* [Nueva York: Random House, 2006], 14) recordaba que, aunque muchas culturas cultivaron la astrología y la alquimia, sólo en el Occidente latino estas prácticas dieron lugar, respectivamente, a la astronomía y la química. Sin pretenderlo, este excelente libro de Amalia Cerrito muestra la deuda de gratitud que la ciencia moderna tiene hacia escolásticos como Alberto Magno.